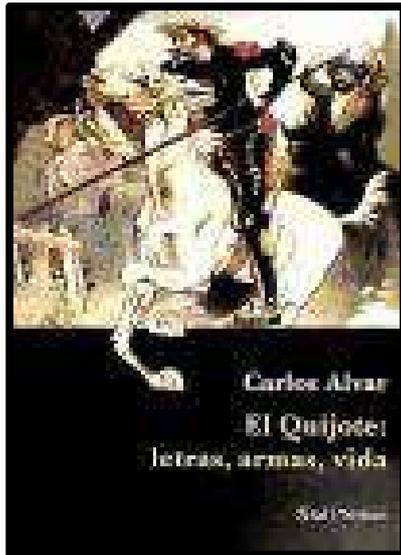


Carlos Alvar. *El Quijote: letras, armas, vida*. Madrid: Sial/Trivium, 2009. 232 pgs. ISBN: 9788495140616.

Reviewed by Roberto Carlos Pérez



La cifra suena a escándalo. En 2012 las editoriales españolas publicaron alrededor de ochenta y ocho mil títulos; es decir, un promedio de doscientos cuarenta y uno por día. Si multiplicamos el número de ejemplares por obra, la cifra alcanza proporciones gigantescas. Para complicar más las cosas, ese mismo año, en Estados Unidos, salieron a la luz un poco más de trescientos mil libros. Tomando en cuenta al resto del mundo, el número inspira miedo: cada segundo un nuevo libro se publica.

Pero el número es rebelde porque en su laberinto resulta difícil separar la joya de la bisutería. La paradoja es inmensa, pues se supone que a más libros, más conocimiento y los hechos sugieren lo contrario. ¿Para qué escribir más libros? En términos morales o simplemente ecológicos, ¿no es una infamia ensanchar aún más la infinita bibliografía que hoy nos acorralla? Agrandada ahora hasta la exacerbación, la biblioteca que obsesionaba a Borges y a su personaje en «La biblioteca de Babel» ha sido llenada de libros buenos, menos buenos y prescindibles, clasificables en tan simplón criterio si, como el borgiano lector, buscamos a Dios en nuestra desatinada pasión libresco. Pero el *Quijote* persiste en la memoria de la lengua española y de la literatura mundial. ¿Cómo podría ser de otro modo si en él se fundieron y en ocasiones se superaron géneros, formas y todas las tradiciones hasta entonces conocidas? Gracias al *Quijote* quedamos en condición de inventar el porvenir. Puede parecer una exageración, pero después de la ejemplar novela que envuelve y abarca todo, es difícil, aún en la época en donde los libros se multiplican como los panes de Jesucristo, encontrar otra novela similar, con la misma desmesura totalizante e igual maestría estilística.

En 2002, cien escritores provenientes de cincuenta y cuatro países eligieron los cien mejores libros de la historia. En dicha lista el *Quijote* superó a obras imperecederas como el *Gilgamesh*, la *Odisea* y el *Libro de Job*. Los autores responsables de la lista, entre los que se encontraban Orhan Pamuk y Herta Müller, futuros ganadores del Premio Nobel de Literatura –también Carlos Fuentes formaba parte de la nómina– concluyeron que *Don Quijote* es la “mejor obra jamás escrita”.

Desde que la novela fue publicada cada época ha tenido su *Quijote*. Unamuno tuvo el suyo y también Nabokov. En el siglo XXI el personaje ha traspasado las fronteras

del libro para convertirse en una figura omnipresente pues tropezamos con él dondequiera: en pequeñas efigies talladas en madera que adornan mesas y escritorios, sostenedores de libros, estatuas colocadas en parques y plazas, canciones y hasta en anuncios publicitarios. En la cultura de masas don Quijote es un ser ubicuo y universal. La paradoja está en que la mayoría no lo asocia con un libro escrito hace más de cuatrocientos años, a pesar de haber escuchado más de una vez, el cuento de un loco caballero que luchó contra molinos de viento confundiéndolos con gigantes.

En *El Quijote: letras, armas, vida*, Carlos Alvar logra que el contemporáneo lector –posiblemente sus estudiantes de la Universidad de Ginebra, “hispanistas en ciernes” a quienes dedica la obra– devuelva el personaje a su verdadero espacio: la novela. Y para medir el alcance que ésta ha tenido en la literatura, nos ofrece ocho ensayos a fin de entenderla desde la perspectiva del personaje, pero también de su creador. Dichos ensayos, que abarcan temas diversos, fueron originalmente publicados durante los años que rondaron el cuarto centenario de la aparición de la primera parte de la novela: 2001 y 2008. Ya en forma de libro, Carlos Alvar pone su larga trayectoria cervantina al servicio de un público joven, descubriéndole con lenguaje sencillo que aún se pueden hacer lecturas profundas del *Quijote*.

El libro arranca con un análisis de los posibles motivos que llevaron a Cervantes a escoger a los destinatarios de sus obras más conocidas, aquellas que aparecen entre 1585 y 1617. Alfonso Diego de López de Zúñiga y Sotomayor, Duque de Béjar, y Don Pedro Fernández de Castro y Osorio, Conde de Lemos, son dos entre los varios mecenas a quienes Cervantes dedica sus obras. El autor, de acuerdo a Alvar, no solamente buscaba en ellos apoyo económico sino la posibilidad de obtener cargos fuera de España. De este modo, nos recuerda que el Conde de Lemos, a quien Cervantes también dedica las *Novelas ejemplares*, la segunda parte del *Quijote* (la primera fue dedicada al Duque de Béjar) *Ocho comedias y ocho entremeses* y *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, era también protector de reconocidas figuras como Góngora y Lope de Vega.

En «Las dedicatorias de las obras de Cervantes», usando términos muy sencillos, Alvar nos explica cómo el ingenio del autor transforma estas dedicatorias en juegos literarios, satirizando y a veces arremetiendo contra los autores que se deshacen en elogios a sus mecenas. Quizás por primera y última vez en la historia de la literatura asistimos a dedicatorias que ya en sí son piezas autónomas y a la vez parte de la misma obra ficticia o más bien su verdadero comienzo, donde el autor muestra incertidumbres, desconciertos y las expectativas que tenía de su producción literaria.

Aunque la ficción nos atrapa desde las dedicatorias, no podemos leer el *Quijote* sin sentir la presencia real de Cervantes y sus propias desventuras. Lo mismo puede decirse de otras obras suyas, en particular obras teatrales como *Los baños de Argel* y *La gran sultana*, que no logran sino avivar la sospecha del posible origen judío del autor, pues en ellas vemos reflejado el sentimiento antisemita en la España imperial. «Cervantes entre los judíos», el segundo ensayo de Alvar, examina las alusiones a la cultura hebraica en las obras del autor y las confronta con un sector de la crítica que,

dado el profundo conocimiento judaico de Cervantes, sospecha y afirma que por sus venas corría sangre «manchada», o sea, semita. A ello cabe agregar que la línea paterna de Cervantes había hecho uso de las ejecutorías de limpiezas de sangre o compra de hidalguías. Pero Alvar es enfático en subrayar la gran diferencia que existía entre ser «converso» –que en la época del autor significaba haber renunciado él mismo a la religión judía– a ser de «origen» converso, es decir, de padres, abuelos o bisabuelos judíos convertidos al cristianismo.

Otro de los importantes temas que Alvar estudia es el de las novelas de caballerías, la cuales originalmente fueron un entretenimiento exclusivo de la nobleza y que en menos de un siglo se hicieron parte de los demás estratos sociales. Eran los *bestsellers* de la España del siglo XVI. Para medir su alcance, proponemos una imagen actual: las estanterías de este nuevo milenio, físicas y virtuales, ofrecen infinitas biografías autorizadas y no autorizadas de celebridades: cantantes, actores y miembros de las casas reales europeas. Veamos un ejemplo: la biografía de Steve Jobs, el genio de las computadoras, logró vender en un mes lo que a un poemario de Neruda le tomaría décadas. Remontándonos a la España de Carlos V, los libros de caballerías eran las biografías de héroes andantes –Amadís, don Galaor, Belianís, etc.–, porque además de acceder a proezas extraordinarias, el público podía seguir la vida íntima de sus héroes. En el tercer ensayo, «Los libros de caballerías y Don Quijote», Alvar nos muestra la inmensa paradoja entre un género que saciaba la sed del público consumidor y la censura, tanto de la corona como de la Iglesia, por el peligro “de tan perniciosas obras” (62). Estos son los libros, sigue diciéndonos el ensayista cervantino, que enloquecieron a don Quijote, y para demostrarlo nos ofrece un catálogo nada despreciable de las obras más populares del género.

Pero, ¿quiénes eran los caballeros andantes y qué representaban? En el cuarto ensayo, «El ideal caballeresco de Cervantes y su reflejo en *El Quijote*», Alvar explora la no muy clara división entre hidalgo y caballero. Don Quijote es, en la realidad de sus lectores, un hidalgo, pero en su propio mundo, un caballero andante. El hidalgo, explica el reconocido cervantista, era un miembro de la baja nobleza y tenía la posibilidad de ser lo segundo en el momento de verse de cara a la guerra. Pero también debía poseer las características típicas del verdadero caballero: deseo de proteger e impartir justicia y brindar seguridad a la sociedad por medio de su valentía. En el *Quijote*, asegura Alvar, Cervantes no hace sino reflejar la condición del caballero en el reinado de Felipe III cuando, junto a los hidalgos, los caballeros se ven obligados a buscar puestos en la corte. Las condiciones de guerra han cambiado y ambos, hidalgo y caballero, han sido desbancados por la aparición de la artillería y el soldado mercenario. El *Quijote* es el ansia del regreso a la edad de oro de la caballería andante.

No hay caballero sin aventuras, como tampoco hay aventuras sin el espacio necesario para que éstas tengan lugar. En el *Quijote*, los medios para adentrarse en ellos son los caminos y estos siempre conducen a ventas, bosques, selvas, cuevas ríos y palacios. Pero la complejidad del texto, asegura el crítico, casi siempre impide ver el carácter simbólico de estos espacios. En ellos don Quijote se aleja de la realidad

natural y rural del siglo XVII. De acuerdo a Alvar, en la estética medieval y renacentista, la selva o el bosque representan lo ignoto frente al orden de la ciudad y la corte real. Son el anticipo de un mundo desconocido. «Paisajes y horizontes de expectativas en la tercera salida» y «Don Quijote y el Más Allá» son los ensayos que se ocupan de desvelarnos los significados de estos cosmos que para el caballero no son meros accidentes geográficos; son el acceso a nuevos mundos en los que tropieza con seres reales o imaginarios que lo llevan incluso a adentrarse en el Más Allá: el episodio del cuerpo muerto (I,XIX), las Cortes de la Muerte (II,XI) y la cueva de Montesinos (II,XXII-XXIII), que ya de por sí eran lugares comunes en la literatura artúrica y los libros de caballerías.

Quizás el oficio de traductor nació en la ciudad de Babel, cuando sus habitantes decidieron construir una torre de ladrillos con el fin de concentrar el poder y evitar la dispersión de los hombres dictada por Dios. Furioso, Yavéh les obliga hablar diferentes lenguas para que no se puedan comprender entre sí. La traducción surgió para recuperar la comunicación y restituir el orden social. En «El Quijote y la traducción», Alvar centra la mirada en la pasión de Cervantes por este oficio, que viene a ser uno de los fundamentos de la novela. Al agotarse los anales de la Mancha, o las fuentes orales que utiliza la voz narrativa para contar los primeros nueve capítulos, entra en juego el manuscrito de Toledo y la necesidad de alguien que lo “interprete”. Debía ser, expone claramente el narrador del *Quijote*, un “morisco aljamiado”, es decir, uno que no solamente dominara el árabe sino el hebreo, idioma del pueblo elegido por Dios. Y para explicar el complejo arte de traducir, Alvar nos da un recorrido por los más importantes puntos de vistas a través de la historia sobre este oficio, como el *Tratado de amor*, de Juan de la Mena, *De ratione y dicendi*, de Juan Luis Vives, entre otros. La palabra «traducir», aclara Alvar, era en tiempos de Cervantes relativamente nueva y fue difundida en lengua española por los intelectuales vinculados al Marqués de Santillana.

En el siguiente ensayo, «El *Quijote* en el mundo. Algunas traducciones de los siglos XVII y XVIII» Alvar repasa las más importantes versiones en otros idiomas que se hicieron de la novela, comenzando por la de Thomas Shelton, el primer traductor del *Quijote* y cuya versión de 1612 llegó casi de inmediato a manos de Shakespeare. Luego nos lleva a conocer las posteriores versiones en diferentes lenguas y sus autores, entre ellas, la francesa aparecida en 1614, por César Oudin, la italiana, hecha por Lorenzo Franciosini en 1622, la alemana de 1648 atribuida a Pasch Basteln y las que surgen en el siglo XVIII, algunas más afortunadas que otras, pero a las que se debe la gran difusión de la novela.

El libro termina con una contemporánea visión sobre la fuerza que cobró el personaje cuando, ya desde el año de su aparición, abandonó las páginas del libro para convertirse en una presencia cotidiana. El caballero dejó la ficción y entró en el plano de la realidad. En el ensayo «Don Quijote en los carteles publicitarios» Alvar nos dice que se tiene noticias de imitadores del hidalgo tanto en España como en América. “Surge de este modo –asegura el cervantista– una nueva vida del caballero andante,

fuera de la letra impresa, con avatares y aventuras ajenas a la obra de Cervantes” (182). Así, se le ve en las fiestas de cortes españolas, comiendo con el virrey en Cuzco, Perú, y también como figura carnavalesca, suscitando la imagen que pervive hasta hoy: la del héroe o la del loco.

Pronto aparecerán grabados –son archiconocidos los de Gustave Doré– y con la revolución industrial, los carteles publicitarios de los que no escapa el famoso hidalgo. La imagen de don Quijote sirve tanto para vender productos como para defender doctrinas sociales. Por ejemplo, lo encontramos en un cartel francés anunciando embutidos (hacia 1940), en Roma luchando contra una locomotora (1844) en clara alusión a la defensa contra el progreso encarnado en la revolución industrial o en un cartel del Partido Comunista Alemán titulado “Las extraordinarias aventuras del noble caballero Don Quijote” (1976). El hidalgo se convierte en paladín de las ideologías de izquierda del siglo XX y el Che nombra a su motocicleta, con la que recorre América del Sur, Rocinante. Más tarde don Quijote es utilizado como símbolo ecologista, tal como se aprecia en la película suizo-alemana «Dünki-Schott», de 1986, en la que un profesor –cuyo nombre le da título al film– se compra un caballo para combatir centrales nucleares.

Pero el caballero también llega al teatro, al musical, la ópera, el ballet y, como se ha visto, hasta al cine. No obstante, a pesar de ser una figura universal, de la que Cervantes ya no es su único dueño porque el mundo la ha apropiado, el *Quijote* –es decir, la novela– no dejar de ser el arquetipo de la lengua española. En 2006, concluye Alvar, la embajada de España en el Reino Unido e Irlanda lanzó un afiche que tiene como trasfondo un grabado de don Quijote hecho por Doré diciendo «Join us», llamando a los anglohablantes a aprender español.

El Quijote en la era electrónica

Se ha dicho que los primeros lectores del *Quijote* rieron con las andanzas del famoso hidalgo, los románticos lloraron y los del siglo XX, guiados por la lanza del caballero, construyeron sus utopías, esas que tristemente desembocaron en el hongo atómico y la Guerra Fría. Es muy temprano en el siglo XXI para determinar la reacción de nuestros coetáneos ante la memorable novela. Por todos lados surgen datos contradictorios. Se argumenta que es el libro más vendido y traducido después de la Biblia y sin embargo son pocos los que hoy citan de memoria lo que para los contemporáneos de Unamuno eran frases de todos los días: “Cada uno es hijo de sus obras” (I,IV), “Yo sé quién soy” (I,V) o “Ahora torno a decir, y diré mil veces, que soy el más desdichado de los hombres” (II,X).

Orgullo y vanidad del siglo XIX, la revolución industrial engendró el barco a vapor, el telégrafo y los telares mecánicos, pero en su versión más cruel y en el XX, produjo el tanque de guerra. En términos de progreso, la era electrónica –en la que el *Quijote* circula por el ciberespacio hasta la infinitud– no es sino la versión actualizada de lo que comenzó en Inglaterra e hizo del negocio de los libros algo tan rentable que,

de vivir Cervantes, lo convertiría en el hombre más rico del mundo, muy por encima de Carlos Slim. Todo parece indicar que la figura del caballero ha sepultado a la novela o más bien la ha relegado a las estanterías o a la pantalla del computador. Hace más de un siglo, Rubén Darío profetizó el destino de don Quijote entre las masas:

Caballero errante de los caballeros,
 barón de varones, príncipe de fieros,
 par entre los pares, maestro, ¡salud!
 ¡Salud, porque juzgo que hoy muy poca tienes,
 entre los aplausos o entre los desdenes,
 y entre las coronas y los parabienes
 y las tonterías de la multitud!
 (“Letanías de Nuestro Señor Don Quijote”, *Cantos de vida y esperanza*)

En la segunda parte Sansón Carrasco le dice a don Quijote que de su obra “están impresos más de doce mil libros de la tal historia [...] y aun hay fama que se está imprimiendo en Amberes, y a mí se me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzga” (II,III). ¿Qué le diría Sansón Carrasco hoy a don Quijote cuando, con sólo apretar una tecla en la pantalla del *iPad* se puede obtener un resumen de su historia sin llegar a la novela?

El Quijote: letras, armas, vida, sería una buena forma de pedirle perdón al caballero. A través de los ocho estudios que componen el libro, Carlos Alvar ayuda a vencer obstáculos que impiden el acercamiento a la novela, al ofrecerle al joven lector textos depurados de excesos lingüísticos, pero respaldados por el debido rigor académico. El cervantista sirve de puente entre la novela y aquellos que se acercan a ella aun en contra de la pauta establecida en el mundo contemporáneo, que se quedó con el personaje y lo despojó de su verdadera fuente. Alvar les brinda poderosas herramientas para adentrarse con menos dificultad y sin miedo en el lugar de la Mancha. Sus estudiantes de la Universidad de Ginebra lo instaron a tan elogiosa tarea.

Se suele creer que el ensayo es un acto meramente intelectual, pero se olvida la gran complejidad emocional que todo afán de conocimiento implica y que sólo puede explicarse en términos de pasión. Sin una gran pasión por Cervantes y su obra, no existiría un libro como *El Quijote: letras, armas, vida*. Combinada con el entusiasmo por difundir sus conocimientos y comunicarse con un público lego en materia de caballeros andantes, Alvar nos enseña que no existen conocimientos, por profundos y virtuosos que sean, incapaces de traducirse a un lenguaje sencillo y amable. Es una gran lección, más que crítica, humanista, pues su libro nos rescata, a todos cuantos frecuentamos el campo del conocimiento, del temor inexpresado o inexpresable que llevamos dentro: ser blanco de la ira de algún dios empeñado en crear confusión o destrucción entre filósofos, críticos literarios e ideólogos obsesionados con erigir nuevas torres de Babel.